

satiempos, en los cuales fué al fin interrumpido despues del regreso de Duero, por las manifestaciones del anciano cacique de la ciudad. „¿Por qué sois tan descuidado?” exclamó el último, „¿pensáis que Malinche es así? Estad seguro de que conoce vuestra posición exactamente, y cuando menos penseis estará sobre vos” (13).

Alarmado Narvaez con estas indicaciones y las de sus amigos, púsose al fin á la cabeza de sus tropas, y el mismo día en que Cortés llegó al Río de Canoas, marchó á encontrarle; pero cuando llegó Narvaez á este lugar, no vió ninguna señal del enemigo. La lluvia que caía en torrentes, pronto empapó á los soldados hasta la piel. Algunos, afeminados con la larga y muelle residencia en Cempoala, murmuraban de su incómoda situación. „¿De qué servirá,” decían, „permanecer aquí luchando con los elementos? No hay señal alguna del enemigo, y poco fundamento para temer que se acerque en tan tempestuoso tiempo. Sería mas prudente regresar á Cempoala; y en la mañana todos estaremos descansados para entrar en acción si se presenta Cortés.”

Siguió Narvaez estos consejos, ó mas bien sus propias inclinaciones. Antes de contramarchar se previno contra una sorpresa, colocando dos centinelas á no mucha distancia del río, para que dieran noticia de la llegada de Cortés. Destacó tambien una partida de cuarenta caballos en otra dirección, por donde pensó no era improbable que avanzara el enemigo. Tomadas estas precauciones, regresó á sus cuarteles antes de que anocheciera.

Ocupaba en Cempoala el principal *teocalli*, que era un edificio de piedra de la forma ordinaria, y al que se subía por una escalera abierta en uno de los lados de la pirámide. En el edificio ó santuario de la parte superior se colocó él mismo con un gran número de arcabuceros y ballesteros. Otros dos *teocallis* levantados en el mismo atrio, fueron cubiertos por grandes destacamentos de infantería. Puso su artillería compuesta de diez y siete ó diez y ocho cañones de corto calibre, en la parte de abajo, y la protegió con el resto de su caballería. Cuando hubo distribuido así sus fuerzas, volvió á su posición, y se entregó al descanso con tanta confianza, como si su rival estuviera al otro lado del Atlántico, y no en la orilla de un arroyo inmediato.

Este riachuelo habíase convertido por el diluvio de aguas, en un furioso torrente, tanto que con dificultad pudo encontrársele vado. Las resbaladizas piedras rodando bajo los piés, desaparecían á cada paso, y la dificultad del camino se aumentaba mas y mas por la obscuridad y terrible tempestad. Al fin lograron los soldados de Cortés afirmar sus pasos valiéndose de sus largas picas, menos dos que fueron arrebatados por la violencia de la corriente. Cuando hubieron llegado á la orilla opuesta, hallaron nuevos impedimentos para

(13) „¿Qué haceis, que estais muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los Teules que trae consigo, que son así como vosotros? Pues yo os digo, que cuando no os catáredes, será aquí, y os matará.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 121.

atravesar un camino siempre malo, y entonces doblemente dificultoso por el mucho lodo y los espesos matorrales que lo cubrían.

Aquí encontraron una cruz levantada por ellos cuando emprendieron su primera marcha hácia al interior. Saludáronla como un buen agüero, y arrodillándose Cortés ante el sagrado signo, confesó sus pecados, y declaró ser su principal objeto, el triunfo de la fe católica. Siguió el ejército su ejemplo, y habiendo recibido todos la absolución del padre Olmedo, invocó éste la bendición del cielo sobre los guerreros que habian consagrado sus espadas á las glorias de la cruz. Luego levantándose y abrazándose unos á los otros, como compañeros en la buena causa, se encontraron admirablemente fortificados. Es curioso este incidente, y manifiesta bien el carácter de la época, en la que, la guerra, la religión y la rapiña, se hallaban tan íntimamente unidas.

Contiguo al camino estaba un pequeño bosque, y desmontando Cortés con los pocos que tenían caballos, ataron estos á los árboles donde encontraron algun abrigo contra la tempestad. Allí depositaron tambien sus equipajes, y aquellos efectos supérfluos que podían embarazar sus movimientos. Luego les dió el general algunos consejos. „Todo,” dijoles, „depende de la obediencia. Ninguno se separe de sus filas por el deseo de distinguirse. En el silencio, actividad, prontitud, y sobre todo, en la obediencia á los gefes, consiste el buen éxito de nuestra empresa.”

Silenciosa y ocultamente continuaban su camino, sin el toque del tambor ó sonido de la trompeta, cuando repentinamente se encontraron con los dos centinelas que habia colocado Narvaez para que le dieran noticia de su llegada. Habíase verificado esta tan sin ruido, que ambos fueron sorprendidos en su puesto, y uno solo pudo escaparse con dificultad. El otro fué conducido á la presencia de Cortés. Hiciéronse todos los esfuerzos posibles para conseguir de él algunas noticias sobre la posición que guardaba Narvaez; pero el hombre se mantuvo obstinadamente silencioso, y aunque se le amenazó con la horca, y aun se le puso el dogal al cuello, no se logró vencer su heroísmo espartano. Afortunadamente ningun cambio habia habido en las disposiciones de Narvaez despues de las noticias obtenidas de Duero.

El otro centinela que se habia escapado, llevó al campo aviso de la venida del enemigo; pero no le dieron crédito los perezosos soldados cuyo sueño habia turbado. „Le habia engañado el miedo,” dijeron, „y equivocaba el ruido de la tempestad y movimiento de las ramas, con el enemigo. Cortés y sus soldados estaban bastante lejos, hácia el otro lado del río, que tardarian mucho en pasar en tan mala noche.” Narvaez mismo participó de esta ciega fatuidad, y el no creído centinela se retiró avergonzado á su respectivo cuartel, amenazándolos en vano con las consecuencias de su incredulidad (14).

No dudando Cortés que el aviso del centinela debía alarmar al campo ene-

(14) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 2 y 3.

migo, apresuró el paso. Al estar cerca descubrió luz en una de las elevadas torres de la ciudad. „Es el cuartel de Narvaez,” dijo á Sandoval, „y esa luz debe ser nuestra guia.” Al entrar á los suburbios se sorprendieron de no encontrar á nadie en movimiento, ni síntomas de alarma. Ningun sonido se oía excepto el de su mesurado paso, medio ahogado en el ruido de la tempestad. Sin embargo, no podían marchar tan en silencio que evitaran del todo ser sentidos al desfilarse por las calles de la populosa ciudad. Pronto llegó la noticia á los cuarteles del enemigo, donde en un instante todo era bullicio y confusión. Llamaron las trompetas á las armas. Los dragones subieron á caballo, y los artilleros acudieron á sus cañones. Púsose Narvaez apresuradamente su armadura: convocó á sus soldados á su rededor, y previno á los que estaban en los *teocallis* inmediatos, se le reunieran en el atrio. Dió sus órdenes con serenidad, pues aunque falto de prudencia, no carecía de presencia de ánimo ó valor.

Todo esto fué obra de unos pocos minutos; pero en ellos habían llegado los asaltantes á la avenida que conducía al teocalli. Ordenó Cortés á sus soldados marchasen muy pegados á los muros de los edificios, para que de esta manera no pudiera perjudicarlos la artillería (15). No bien se hubieron presentado delante del templo, cuando la artillería de Narvaez rompió un fuego general. Afortunadamente se tomó la puntería tan alta, que las mas de las balas pasaban sobre las cabezas de los soldados, y solo tres fueron heridos. No dieron tiempo al enemigo de volver á cargar, sino que pronunciando Cortés la señal que habia dado aquella noche de „Espíritu Santo, Espíritu Santo sobre ellos;” en un momento Olid y su division cargó sobre los artilleros, á quienes acribillaron de heridas ó echaron por tierra con sus picas y se apoderaron de los cañones. Otra seccion se ocupó de la caballería y distrajo su atencion, mientras Sandoval con su valiente partida subía la gran escalera del templo. Fueron recibidos con una lluvia de flechas y balas de fusil, las cuales á causa de la precipitada puntería y obscuridad de la noche, hicieron poco daño. Al minuto siguiente estaban los asaltantes en la plataforma luchando mano á mano con el enemigo. Peleó Narvaez valerosamente alentando á sus soldados: su portaestandarte cayó á su lado traspasado de parte á parte; él mismo recibió varias heridas, pues su espada no era bastante para contener las largas picas. Al fin una lanzada le hizo saltar el ojo izquierdo. „Santa María,” exclamó el desgraciado gefe, „estoy muerto.” Luego se aprovecharon de esta voz los soldados de Cortés, gritando „victoria.”

Inutilizado y furioso por los dolores de la herida, fué Narvaez conducido por sus soldados al santuario. Procuraron los asaltantes forzar la entrada, pero fué

(15) „Ya que se acercaban al aposento de Narvaez, Cortés, que andaba reconociendo, y ordenando á todas partes, dijo á la tropa de Sandoval: señores, arrimaos á las dos aceras de la calle, para que las balas del artillería pasen por medio, sin hacer daño.” *Ibid.*, déc. 2, lib. 10, cap. 3.

valerosamente defendida. Por fin, tomando un soldado una antorcha ó tea, la arrojó sobre el techo de paja, y en pocos momentos estaban ardiendo los materiales combustibles de que estaba compuesto, viéndose obligados los que se hallaban adentro, á salir por el calor y humo sofocante. Un soldado, llamado Farfan, se apoderó del herido comandante, fácilmente le sacó afuera, y pronto se le hizo bajar al atrio donde fué asegurado con grillos. Los soldados, viendo la suerte de su gefe, no hicieron mas resistencia (16).

Entre tanto, Cortés y las tropas de Olid luchaban con la caballería, y la habían puesto en desorden despues de algunos ineficaces esfuerzos de la última para abrirse paso por entre la espesa línea de picas, que habia desmontado á algunos y muerto á otros. Entonces se preparó el general á atacar los otros *teocallis*, intimando primero á sus guarniciones que se rindiesen; y como lo rehusaron, hizo jugar sobre ellos los cañones de calibre, convirtiendo así la artillería contra sus mismos dueños. Acompañó este movimiento amenazante de las mas generosas ofertas; un completo olvido de lo pasado, y entero participio en todas las utilidades de la conquista. Una de las guarniciones era mandada por Salvatierra, el mismo oficial que habia ofrecido cortar á Cortés las orejas. Luego que supo la suerte de su general, se apoderó del héroe una violenta enfermedad que le impidió continuar en la accion. Solo esperó la guarnicion la primera descarga de la artillería, para aceptar los términos de la capitulacion. Dicese que en esta vez fue socorrido Cortés por unos auxiliares inesperados. Estaba lleno el aire de cocuyos, especie de insectos alados que emiten de su cuerpo una luz fosfórica bastante para leer con ella. Estos fuegos errantes vistos en la obscuridad de la noche, fueron convertidos por la exaltada imaginacion de los sitiados en un ejército con mechas encendidas. Así lo asegura un testigo ocular (17); pero la facilidad con que se rindió el enemigo, debe atribuirse á la cobardía del comandante y al desafecto de los soldados no poco inclinados á seguir las banderas de Cortés.

El cuerpo de caballería apostado como se ha dicho por Narvaez en uno de los caminos de Cempoala para interceptar á su rival, sabiendo lo que habia pasado, no tardó mucho en manifestarse sumiso. A cada uno de los soldados del ejército vencido se le exigió como señal de obediencia, que depositara sus armas en manos de los alguaciles, y prestara juramento de reconocer á Cortés por justicia principal y capitan general de la colonia.

Se habla con diversidad respecto al número de muertos. Parece probable que no excedieron de doce por parte de los vencidos, y la mitad por la de los vencedores, lo que puede explicarse con la corta duracion del combate, y la ma-

(16) Demanda de Zavillos en nombre de Narvaez, MS.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 47.

(17) „Como hacia tan oscuro habia muchos cocayos (ansí los llaman en Cuba) que relumbraban de noche, é los de Narvaez creyeron que eran muchas de las escopetas.” Bernal Diaz, *Hist. de la conquista*, cap. 122.

la direccion de los proyectiles á causa de la obscuridad. Mucho mas considerable fué el número de heridos (18).

La victoria fué completa. Pocas horas fueron bastantes para cambiar la condicion de Cortés. De un errante proscrito á la cabeza de un puñado de indigentes aventureros, de un rebelde á cuya cabeza se habia puesto precio, vióse convertido en un gefe independiente, con una fuerza á su disposicion, bastante no solo para asegurar las conquistas ya hechas, sino para emprender una carrera mas ambiciosa. Mientras poblaban el aire las aclamaciones de los soldados, tomando el victorioso general, el porte correspondiente á su cambio de fortuna, sentóse en un sillón de autoridad, y con un rico manto bordado, sobre sus espaldas, recibió una por una las felicitaciones de los oficiales y soldados. A estos les concedió la gracia de besarle la mano, y á aquellos contestaba con cortesía y atencion. Cuando se presentaron Duero, el tesorero Bermudez y algunos otros del partido vencido, que habian sido sus antiguos amigos, los abrazó cordialmente (19).

Lleváronse á su presencia encadenados, á Narvaez, Salvatierra y á dos ó tres de los gefes enemigos. Fué este un momento de la mayor humillacion para aquel gefe; momento en que los padecimientos físicos, aunque excesivos, no podian compararse con los de su espíritu. „Teneis mucha razon, señor Cortés,” dijo el vencido guerrero, „para dar gracias á la fortuna, por haberos concedido la victoria tan fácilmente, y ponerme en vuestro poder.” „Débole estar muy agradecido,” replicó el general; „pero reputo la victoria conseguida sobre vos, como la menor de mis hazañas desde que vine al país” (20). Despues previno se

(18) Narvaez, ó mas bien su procurador, aumenta el número de muertos por su parte; pero estaba en su interes exagerar las pérdidas que sufrió su representado. La comparacion de este aserto con el de Cortés, proporciona los mejores medios de aproximarse á la verdad. „E allí le mataron quince hombres que murieron de las heridas que les dieron é les quemaron seis hombres del dicho incendio, que despues parecieron las cabezas de ellos quemadas, é pusieron á sacomano todo cuanto tenian los que venian con el dicho mi parte como si fueran moros, y al dicho mi parte robaron é saquearon todos sus bienes, oro, é plata é joyas.” Demanda de Zavallos en nombre de Narvaez, MS.

(19) „Entre ellos venia Andres de Duero, y Agustin Bermudez, y muchos amigos de nuestro capitan, y así como venian, iban á besar las manos á Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba, y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decia, era cosa de ver que alegre estaba: y tenia mucha razon de verse en aquel punto tan señor, y pujante: y así como le besaban la mano, se fueron cada uno á su posada.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 122.

(20) Ibid., lug. cit.

„Dijose que como Narvaez vido á Cortés estando así preso, le dijo: Señor Cortés, tened en mucho la ventura que habeis tenido, é lo mucho que habeis hecho en tener

asistiese cuidadosamente á los prisioneros heridos, y los envió á Veracruz custodiados por una fuerte escolta.

No obstante la afectada humildad de su respuesta, apenas podia Cortés dejar de mirar la victoria conseguida sobre Narvaez, como una de las mas brillantes proezas de su carrera. Con unas pocas veintenas de soldados malamente vestidos y peor alimentados, fatigados con marchas forzadas y toda clase de desventajas personales, faltos de armas y pertrechos militares, habia atacado en sus propios cuarteles, derrotado y hecho prisionera á toda la fuerza enemiga, triple de la suya, bien provista de caballería y artillería, admirablemente equipada y completa en todas las municiones de guerra. El número de tropas de una y otra parte, era en verdad corto; pero la proporcion no por esto dejaba de ser desigual, y la fuerza relativa de los combatientes hizo de este resultado decisivo uno de los acontecimientos mas notables en los anales de la guerra.

Es verdad que hubo algunas contingencias de que dependió la fortuna del dia, que no puede decirse estuvieron enteramente al arbitrio de Cortés. Algo fué obra de la casualidad. Si Velazquez de Leon, por ejemplo, hubiera faltado, se habria desgraciado la expedicion (21). Si la noche del ataque hubiera habido buen tiempo, habria tenido el enemigo noticia de su llegada y se habria preparado para ella; pero estos son accidentes que mas ó menos tienen lugar en toda empresa. Un hábil general sabe convertirlos en su provecho, hace sonreír á la fortuna, y pelear en su favor aun á los mismos elementos.

Si Velazquez de Leon dió pruebas de ser el oficial á quien el general debió haber confiado el mando, su sagacidad descubrió esto desde el principio, y le confirió aquel encargo. Su destreza fué la que convirtió á este peligroso adversario en un amigo tan fiel, que en la hora del peligro quiso mas bien unirse á su desesperada fortuna, que á la de los partidarios del gobernador de Cuba, po-

mi persona, ó en tomar mi persona. E que Cortés le respondió é dijo: Lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estais, es haberos prendido; é luego le hizo poner á buen recaudo é le tuvo mucho tiempo preso.” Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

(21) Oviedo dice, que los militares discutieron sobre si Velazquez de Leon debió obedecer los mandatos de Cortés, con preferencia á los de su pariente el gobernador de Cuba. Decidieron en favor del primero, fundándose en que de él habia recibido inmediatamente la comision. „Visto he platicar sobre esto á caballeros é personas militares sobre si este Juan Velazquez de Leon hizo lo que debia, en acudir ó no á Diego Velazquez, ó al Pánfilo en su nombre; é convienen los veteranos milites, é á mi parecer determinan bien la cuestion, en que si Juan Velazquez tuvo conducta de capitan, para que con aquella gente que él le dió ó toviere en aquella tierra como capitan particular le acudiese á él ó á quien le mandase, Juan Velazquez faltó á lo que era obligado en no pasar á Pánfilo de Narvaez siendo requerido de Diego Velazquez: mas si le hizo capitan Hernando Cortés, é le dió él la gente, á él habia de acudir, como acudió, excepto si viera carta, ó mandamiento expreso del rey en contrario.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

deroso como era, y no obstante ser su pariente. La misma habilidad fué la que ganó á Cortés tanto ascendiente sobre sus soldados, y los ligó á él tan estrechamente, que en los momentos mas desesperados ni un solo hombre le abandonó (22). Si el buen éxito del ataque debe atribuirse principalmente al obscuro y tempestuoso tiempo que le ocultó á la vista del enemigo, debióse á él estar en disposicion de aprovecharse de aquel. El mas corto tiempo posible medió entre el plan y su ejecucion. En pocos dias bajó con marchas extraordinarias desde la capital á la costa. Bajó las montañas como un torrente, envolviendo con furia y arrojando en su impetuosa carrera todo lo que se oponia á su paso, antes de que pudiera levantarse un dique para contenerlo. Esta prontitud de movimientos, resultado de un entendimiento claro y de una voluntad firme, ha entrado en la estrategia de los mas grandes capitanes, y forma un rasgo prominente en sus hechos militares mas brillantes. En el caso presente, fué sin duda la principal causa del buen éxito.

Seria ver de una manera muy limitada el asunto, considerar la batalla que decidió del destino de Narvaez, como principiada y concluida en Cempoala. Habia comenzado en Méjico con aquella influencia singular que ejercia Cortés en todos los que se le acercaban; convirtió á los mismos emisarios de Narvaez en sus agentes y amigos. Las noticias de Guevara y sus compañeros, las intrigas del padre Olmedo, y el oro del general, todo se empleó eficazmente en hacer vacilar la lealtad de los soldados, de manera que la batalla se habia ganado antes de disparar un tiro. Peleóse con el oro tanto como con el acero. Cortés comprendió esto tan bien, que su principal objeto fué apoderarse de la persona de Narvaez. Consiguiéndolo, tenia entera confianza en que la indiferencia de los soldados por su causa, y la parcialidad por él pondrian prontamente á todo el ejército bajo sus banderas, y no se engañó. Con mucha verdad, por lo mismo, dijo Narvaez algunos años despues, „que le habian batido sus mismas tropas y no las de su rival; que habian sido comprados sus soldados para traicionarle” (23). Esto ofrece la mejor explicacion de la corta é ineficaz resistencia que opuso.

(22) Oviedo atribuye este ascendiente, á sus maneras deslumbrantes y liberales que tan fuerte contraste hacian con las del gobernador de Cuba. „En lo demas valerosa persona ha seido, é para mucho; y este deseo de mandar juntamente con que fué muy bien partido é gratificador de los que le vinieron, fué mucha causa juntamente con ser mal quisto Diego Velazquez, para que Cortés se saliese con lo que emprendió, é se quedase en el oficio, é gobernacion.” Ibid., MS., lib. 33, cap. 12.

(23) En una conversacion que tuvo Narvaez con el mismo Oviedo el año de 1525, se quejó amargamente, como era natural de la conducta de su rival. Esta plática que nunca se ha impreso, puede ser de algun interes para el lector español. „Que el año de 1525, estando César en la cibdad de Toledo, ví allí al dicho Narvaez, é públicamente decia, que Cortés era un traidor: é que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas feas palabras llamándole alevoso é tirano, é ingrato á su señor, é á quien le habia enviado á

la Nueva España, que era el adelantado Diego Velazquez á su propia costa, é se le habia alzado con la tierra, é con la gente é hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba muy al reves de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dije) no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenia de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que la que hizo. E á esto decia él que le habian vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le habia sobornado.” Ibid., lib. 33, cap. 12.

S. E. marquez
Oct. 1921-1936